



El tipo de Hombre
que nuestros Colegios
quieren formar

Colegios Monte Tabor y Nazaret



Hay una concepción del hombre que guía toda la acción de nuestros colegios. Ella será expuesta a continuación a partir de tres aspectos centrales desde los cuales se desprenden muchísimas otras características. Cada uno de estos aspectos ha de ser visto en relación a los otros, pues no constituyen parcelas separadas sino expresiones de una misma concepción del ser humano.

Todo lo que queremos exponer tiene como fundamento una visión cristiana del hombre y los acentos propios de la pedagogía del P. José Kentenich. Desde allí han de ser entendidos.

1 PERSONA

El hombre en sí: contemplamos a cada ser humano como persona

1.a Un ser único

Lo propio de la persona es que desarrolla su existencia desde una interioridad. En su condición de sujeto, la persona es protagonista de su propia historia. Posee un **"espacio interior"**. Este núcleo no lo produce la propia persona ni, menos aún, es producido por otros. Es simplemente un don. En realidad es un misterio que viene de Dios. Ese núcleo personal hace a cada uno inagotable e inmanejable para los demás. Ante cada persona y su misterio sólo cabe en primer lugar la actitud del respeto.

Dios crea a cada persona con rasgos originales. Nos ha guiado siempre como educadores una seria preocupación por la originalidad de cada niño, por sus talentos y su propio desarrollo. Hemos querido promover su propia actividad y su capacidad de decidir y realizar.

Hemos acentuado el valor de cada uno y hemos querido hacerlo sentirse importante y amado.

La originalidad encierra inmensas potencialidades. Cada niño ha de desarrollarse buscando la excelencia de todos sus talentos. Enfrentamos, por una parte, el desafío de que cada uno descubra y desarrolle los dones especiales que Dios ha puesto en sus manos, y también, por otra parte, el desafío de que él alcance la mayor plenitud posible en todos los campos de la existencia humana.

Consideramos que es esencial en una verdadera educación despertar al educando a la vida de la inteligencia que se orienta en la búsqueda de la verdad y el bien objetivos en todos los ámbitos del conocer humano. La personalidad desarrolla así un carácter contemplativo, y su razón y su voluntad van conduciendo a la comunión con Dios y al encuentro con la belleza y el sentido de todo lo creado.

1.b Un ser libre

En nuestro actuar pedagógico tiene gran relevancia una correcta comprensión y práctica de la libertad. (Sobre ello hay un estudio escrito con ocasión de la elaboración de la disciplina del Colegio, de fecha 18 de septiembre de 1998).

Nuestros niños han de crecer como hombres libres, capaces de poseer su vida, conducir su historia y donarse a sí mismos en un acto pleno de amor. Frente a un mundo masificante ha de surgir la personalidad cristiana típica ("nadie me quita la vida, yo la entrego libremente", dice Jesús), que con capacidad de decisión y fuerza de realización puede generar un mundo nuevo. En este sentido queremos

conducir hacia una sana autonomía.

La libertad ha de ser educada. Siempre hemos definido “cultivo del espíritu” como la educación para el uso correcto de la libertad, donde el rol central lo tiene la educación a la magnanimidad, a la grandeza de alma. De aquí la importancia de todo lo que ocurra en el plano valórico. Para nosotros esto pone especial acento en los contenidos espirituales de la formación y en el proceso de crecimiento humano y religioso del niño.

1.c Un ser orgánico

A menudo hemos hablado de la personalidad “integral”, que es capaz de incorporar los distintos ámbitos de la vida a una existencia auténticamente plena. Todo ámbito encuentra su plena realización en esa integración: sus sentidos e instintos, las emociones y los sentimientos, todos sus aspectos espirituales (por excelencia el intelecto y la voluntad, y también la memoria, la fantasía, etc.) y su realidad sobrenatural (fe, esperanza y caridad). La persona se desarrolla desplegando también su capacidad comunitaria en todas sus dimensiones, en su vocación sexual y familiar, en su responsabilidad eclesial y social.

Nos preocupa cuidar la armonía de esa integración, pero respetando el proceso de cada uno y centrando el desarrollo en el núcleo de la persona. Estamos convencidos de que cada persona está llamada a ser una unidad orgánica, un “microcosmos” integrado y armónico.

Creemos en el desarrollo orgánico de la vida. Creemos que el educador está llamado a ser un maestro en reconocer la manera como la

vida crece y camina hacia su plenitud, comprendiendo los distintos aspectos que pertenecen a su desarrollo: cada proceso es lento, rítmico, de dentro hacia fuera, etc. Para apoyarlo nuestra formación opta clara y conscientemente por el instrumental pedagógico del P. José Kentenich. Esto significa acentuar la educación a través de vínculos, vivencias, corrientes de vida, ideales, atmósfera, símbolos, tradiciones, ejemplos encarnados, casos preclaros, etc. Esta opción es el filtro para dejar entrar a nuestro colegio un determinado tipo de actividad o para excluirla de nuestros usos. Nuestros niños podrán aprender con nosotros esta forma de entender y tratar la vida humana.

2 VÍNCULOS

El hombre en sus relaciones: entendemos la plenitud de vida como plenitud en el amor.

2.a Centralidad del amor

El desafío central de la vida es aprender a amar. La plenitud de la vida es la plenitud del amor. Así realizamos el mandamiento principal, que es el mandamiento del amor, y que prolonga en nosotros la realidad misma de Dios: su Espíritu de Amor. Nosotros, como hijos del Padre en Cristo, estamos llamados a ser Templos del Espíritu Santo.

El amor, como la vocación más propia del ser humano, es una realidad personal que atañe a todas las dimensiones de su persona. No es, por ejemplo, un simple acto fragmentado ni un mero sentimiento, sino una honda realidad de la persona que compromete con fuer-

za integradora su instintividad y su corazón, su voluntad y su intelecto, su amor a Dios y su búsqueda filial por realizar la voluntad del Padre.

Un lugar clave en nuestra vida ocupan nuestros vínculos: lazos permanentes y cargados de afecto que constituyen fuente y fuerza en nuestro aprendizaje del amor. Especialmente los vínculos a las personas, los lugares y los ideales se convierten en vigas maestras de nuestro desarrollo. En último término queremos vínculos fuertes a Dios, a los demás y a la creación entera.

Acentuamos la importancia de la familia, y con ello el cultivo de un ambiente de familia, donde lo más importante son los vínculos personales. Esto lleva a una determinada vivencia de la autoridad y a una decisión por capacitar a cada persona en la formación de grupos y equipos que sean una experiencia de comunidad.

2.b Carácter fundante del vínculo filial

Para aprender a amar es normalmente necesario encontrar personas que nos regalen su amor. Esta necesidad tan aguda nos lleva a percibir la manera más frecuente como Dios se acerca hasta nosotros: a través de las personas que nos muestran su amor y que Dios ha puesto en nuestra vida para revelarnos rasgos de su benevolencia y misericordia. Esto pone un sello "sacerdotal" a toda paternidad y maternidad pues ellas están llamadas a ser transparentes del Dios vivo, y da también a la vocación de educador su dignidad y su eficacia.

Por esto acentuamos la importancia de las experiencias de la familia

natural y de la comunidad para el educando. Ellas son el ambiente propicio para un crecimiento integral en el amor. Nuestra propia vocación de educadores - como paternidad y maternidad (unida a la paternidad de Dios) - encuentra también en el ambiente de comunidad y el trabajo en equipo un desarrollo pleno. Queremos ser también nosotros una familia educativa.

Para cuidar de la experiencia de ser niño al interior de una familia y para desarrollar una convivencia adecuada, cuidamos especialmente el vínculo a María y una sana vivencia de la autoridad.

2.c Amor y virtudes

El amor ha de ser el alma del comportamiento habitual. Nuestra vocación cristiana nos lleva a dar esa alma a la vida cotidiana. En la vida concreta ha de mostrarse la altura que nos hemos propuesto.

Las virtudes nos señalan en particular algunas dimensiones en que esa vida aspira a su perfección y plenitud. Además de las tres virtudes teologales (fe, esperanza y caridad) recordamos brevemente las cuatro virtudes cardinales (prudencia, justicia, fortaleza y templanza) como indicaciones de ámbitos que esperan nuestra actividad.

Hemos de aprender a conducir la vida según lo que hemos reconocido como correcto y valioso (virtud de la prudencia). Hemos de madurar en el trato de los demás (virtud de la justicia), en el trato de nosotros mismos (virtud de la fortaleza) y en el trato de las cosas (virtud de la templanza). Y en general debemos aspirar a hábitos que nos hagan más pleno y fácil vivir como vivió Jesús.

3 RESPONSABILIDAD

El hombre en su contexto, en su situación: somos responsables de nuestro mundo

3.a El ser humano como ser histórico

En nuestra historia tomamos contacto unos con otros y nos vamos haciendo responsables por el caminar de otros hombres. El momento actual, que compartimos con toda la humanidad, entraña para el cristiano un encargo: el hombre que va haciéndose hijo del Padre en Cristo hace suya la misión del Señor. El tiende desde su propio corazón a comprometerse con la obra redentora de Cristo y a transformarse en un apóstol. Siente su llamado a renovarlo todo en la fuerza de su amor. Es profundamente solidario y realiza su vida en comunión con otros. La universalidad del cristiano es la universalidad del corazón de Cristo y del corazón inmaculado de María.

3.b El horizonte: un cielo nuevo y una tierra nueva

La luz que hoy ilumina nuestros esfuerzos y que da sentido a nuestros afanes por nuestros hermanos viene de la certeza de Jesús: creemos en un cielo nuevo y en una tierra nueva. Tenemos los ojos y el corazón llenos del mundo de Jesús y creemos que es posible vivir así. Aspiramos a la vida plena.

Percibimos la urgencia de anunciar el Reino a los hombres y preparar su venida construyendo en esta tierra una realidad más acorde con el Evangelio de Jesucristo. La fe nos lleva a vivir con la urgencia del

amor y con la serenidad de la esperanza. Pues creemos en el destino definitivo del hombre en el cielo.

3.c Nuestra realidad actual

La conciencia de nuestra situación histórica nos lleva a un conocimiento calificado de la realidad en que vivimos y que existe a nuestro alrededor. Nos importa todo lo que pasa, nos importan todos los hombres, son nuestros todos los destinos. En esta época de cambios nos preocupa el surgimiento de una nueva cultura, con formas más humanas y el mundo entero, los creyentes como nosotros y otros hombres que piensen distinto. Nos importa que surja solidaridad misionera para compartir la preocupación de Jesucristo Redentor por todos los hombres.

Vivimos en el Chile de hoy. Dado que no queremos hombres-islas o comunidades-burbujas, en nuestro proceso formativo está esencialmente incorporada la dimensión social. Esto significa no sólo que formamos una familia y promovemos los vínculos, sino especialmente que desarrollamos sensibilidad y acción social. Esto no es periférico al interés del colegio sino parte constitutiva de la formación que él entrega.

Bellavista, 7 de julio de 1999